

KUM, la lucha de un niño con discapacidad en Laos

La carencia de oxígeno al nacer provocó en Kum una discapacidad intelectual y física. Su familia lucha cada día en la aldea de Phonxay, al norte de Laos, porque el pequeño lleve una vida normal y tenga un futuro. Así es un día en la pelea del pequeño Kum.

Tumbado en el suelo de piedra de una cabaña de madera, sobre una alfombra vieja y manchada, el pequeño Khonsavan Phetlasy -de 5 meses y a quien todo el mundo llama Kum- no puede girarse. Su madre, Khamphout, observa los esfuerzos del bebé, incapaz de completar un movimiento que debería de llevar a cabo sin dificultades a estas alturas de su vida. Afuera, sobre los cultivos de arroz, la niebla envuelve los primeros rayos de sol del día. Algo le ocurre a Kum, piensa su madre.

Y eso que el médico les ha dicho, a Khamphout y a su marido Khamheaung, que el niño está bien, que no le pasa nada. El hecho de haber nacido sietemesino y haber pasado 40 días en una incubadora -30 de ellos con una diminuta máscara de oxígeno- no es relevante, dice el doctor. Deciden confiar y esperan.

Cuando Kum cumple 11 meses a Khamphout se le acaba la paciencia. El niño apenas sí se arrastra por el suelo, no sostiene bien la cabeza y no sabe llorar, solo emite gemidos cuando tiene hambre o sueño. El médico insiste aunque concede: se está desarrollando de una forma más lenta que los demás niños debido a complicaciones en el parto. Eso es todo. Khamphout regresa a su cabaña.

Las respuestas no llegan hasta que son obvias. Con Kum cerca de cumplir los dos años, Khamphout ni siquiera tiene que volver a la consulta. El niño no camina, no habla, no fija la mirada. La falta de oxígeno al nacer no ha provocado solo un desarrollo más tardío. Kum siempre va a ir más despacio que el mundo.

“Mi primera reacción fue estar triste”. Lo cuenta Khamphout 5 años después. Lo hace sentada en una minúscula banqueta de madera, fuera de la cabaña de madera donde vive junto a su marido Khamheaung, el pequeño Kum -que está a punto de cumplir 6 años- y su otra hija de 10 años, Khamphon, conocida por todos como Oi. “Le pedí perdón a mi marido y él me dijo que ni yo ni nadie tenía

la culpa. Entonces cambié mi mentalidad y decidí que quería darle un futuro y la mejor vida posible a mi hijo”.

La familia vive en Phonxay, una aldea de la provincia de Xiangkhoang, al norte de Laos, cerca de la frontera con Vietnam. Es una zona rural, con un complicado acceso en época de lluvias y donde la mayoría de los vecinos subsisten con lo que cultivan. La familia del pequeño Kum logra reunir unos 150 o 200 euros al mes, gracias a su trabajo en los campos de arroz y las horas extras que Khamheaung hace en la construcción. La cabaña de madera mide unos 4 metros por 5, tiene el techo bajo y el tejado de metal. Afuera, un pequeño terreno de tierra seca (barro en época de lluvias) con una letrina, varios árboles y un despliegue de gallinas, patos y cachorros de perro que se molestan entre ellos. Alrededor hay varias cabañas similares y bosque verde que se alterna con cultivos de arroz salpicados por los característicos sombreros en forma de cono de esta parte del mundo.

El día para los Phetlasy arranca a las 5, cuando aún no hay luz y todavía hay frío. Khamphout se levanta a preparar el desayuno y el olor del arroz cocinándose dentro de la cabaña va despertando al resto de la familia. Oi, la hermana de Kum, sale disparada a la letrina de fuera, todavía en pijama y descalza, rodeada de cachorros saltando que creen que Oi corre porque quiere jugar. A continuación, aparece Khamphout con Kum en brazos, protestando porque no le gusta asearse en el cubo de agua que hay dentro de la letrina. La familia se despereza con sonrisas, pero nada resulta acogedor, cálido ni confortable cuando comienzas el día en una cabaña de madera entre niebla fría.

Mientras Khamheaung se viste para ir a trabajar, Khamphout deja a Kum sobre la vieja alfombra y termina de preparar el desayuno. Oi juega con él durante la espera. “Son dos hermanos que están muy unidos”, explica la madre. “No sé qué sería de Kum sin Oi, es muy importante para él”.

Oi es una niña tímida, con rostro dulce e infantil, pero con una mirada profunda. Un gesto de madurez impropio de su edad, si acaso lógico en una niña que con 10 años debe cuidar de un hermano completamente dependiente.

Kum es delgado y frágil. No puede sostenerse en pie por sí mismo, aunque se yergue si tiene un apoyo. No habla, pero entiende lo que le dicen. Le cuesta fijar la mirada y sus pequeñas manos se retuercen víctimas de la descoordinación. Kum sonríe, sonríe casi todo el tiempo. Y es extremadamente cariñoso. Una caricia o una palabra bastan para que Kum conceda carcajadas. Siempre tiene un camión o una excavadora de juguete cerca. Es su pasión. A veces la madre

baja a la carretera con Kum para que vea cómo pasan los camiones y los tractores. Y Kum disfruta, grita y señala como si su madre no pudiera verlos.

Cuando están juntos, como esta mañana antes de desayunar, Oi parece una extensión de su hermano. Le alcanza los juguetes, le ayuda a moverse y le hace reír.

Cuando el arroz está listo ya ha salido el sol. Son las 6. Lo cogen con la mano, hacen una bola y lo van comiendo combinado con carne seca. Kum protesta, no quiere. “Las cinco últimas”, dice su madre (hay cosas que son universales). Oi hace la cuenta atrás riendo, pero Kum se planta a la tercera. Basta de desayuno.

Con energía en el cuerpo, y mientras Khamheuang, el padre, se va en moto a trabajar, Oi y Khamphout ayudan a Kum con sus ejercicios. El pequeño tiene una rutina diaria, establecida por un médico, para fortalecer sus piernas y trabajar la coordinación. De momento es un enigma si Kum logrará caminar por sí solo algún día, pero trabaja duro para mejorar. Hasta han construido unas pequeñas barras paralelas con bambú donde Kum entrena dando pasos. Es el sueño, el deseo común de toda la familia: que Kum pueda caminar algún día.

Mientras tanto, han ideado un sistema para que no esté todo el día sentado o tumbado. Con ayuda de un especialista, han construido una suerte de trolley, de carrito con ruedas al que sujetan a Kum con un pequeño arnés artesano. El pequeño queda en posición vertical y con una cuerda precaria, su madre tira de él y lo mueve mientras Kum siente que avanza erguido por su mundo.

Así acude Kum cada día a la guardería. Primero es Oi quien se va al colegio. A las 7:15 un camión en cuyo remolque se amontonan niños, se detiene enfrente de su cabaña. Con una mochila rosa de la princesa Frozen, una trenza hecha por su madre y gesto muy serio, la pequeña Oi avanza en chanclas por la tierra, baja a la carretera y se sube al remolque donde los niños de más edad ceden sus sitios y viajan de pie, colgando en la parte de atrás del remolque. Oi es alumna de la Escuela de Primaria de Phonxay, unos barracones donde se suceden las aulas. En su clase se mezclan 22 niños y niñas de entre 9, 10 y 11 años. “Es una alumna muy responsable, muy educada. Y se le dan bien los estudios”, explica en un precario despacho Phonsy Bounmixay, el director del colegio. “La asistencia de niños en primaria es muy alta, cada vez más, pero la mayoría lo deja en secundaria. Sobre todo las niñas, que son reclamadas en casa para trabajar e incluso para casarse”. En Laos, según datos de Unicef, el 95% de los niños acuden al colegio en primaria. El porcentaje va decayendo a

medida que avanzan los cursos hasta desplomarse: solo el 7% de los niños en Laos completan los estudios.

Un tercio (32%) de las mujeres de la provincia donde vive Oi se han casado antes de los 18 años y no han completado la secundaria.

La guardería de Kum es un espacio mucho más modesto. Se trata de una casita sin terminar situada a pocos metros de la cabaña. Su madre tira de la cuerda del carrito por en medio de la carretera mientras Kum mira distraído a su alrededor. Después se queda sentado entre una docena de niños que corren, juegan y cantan vigilados por una profesora. Kum, una vez más, sonríe mientras el mundo gira a toda velocidad a su alrededor.

Khamphout trabaja en el huerto de la familia mientras sus hijos están en el colegio. Hace un descanso para comer y arreglar la cabaña. A las 14:00 prepara todo para la visita de otros padres del distrito. Toca reunión formativa. Con el apoyo de Unicef a través del gobierno de Laos, algunos padres como los de Kum, forman, conciencian y dan apoyo a otros para comprender y saber tratar a niños con discapacidad. “Son charlas que ayudan mucho”, dice Khamphout mientras prepara unas alfombras sobre la tierra para que se sienten los invitados. “En el pueblo todo el mundo trata a Kum con mucho cariño, todos le saludan, le dedican unas palabras. Eso es gracias a que entienden qué le pasa”.

Son más de las 15:00 cuando Kum y Oi llegan a casa de vuelta. Toca jugar, descansar, hacer más ejercicios y preparar la cena mientras empieza a oscurecer. Kum se distrae con un pequeño camión cuando, ya sin luz fuera, llega su padre de trabajar. “Kum sueña con ser conductor de camión”, explica Khamphout antes de acostar a su pequeño y dar por finalizado el día. “Yo no sé si lo conseguirá, pero de lo que estoy segura es de que le voy a apoyar siempre para que lo intente”.

Afuera, otra vez la niebla. La familia se acuesta sobre el suelo de su cabaña y la aldea se queda a oscuras. Una aldea remota en la frontera entre Laos y Vietnam que, en realidad podría ser cualquier sitio. Un escenario que es todos los escenarios: el de una madre que quiere lo mejor para su hijo.

La misión de Harriet: que ninguna niña ugandesa abandone sus estudios.

Los embarazos tempranos y los matrimonios forzados ensombrecen el horizonte de las menores en Uganda y son los principales motivos de su abandono escolar. Esta es la historia de una joven que reta esta realidad.

La arcilla de los caminos que atraviesan la exuberante naturaleza verde del norte de Uganda lo impregna todo. La humareda naranja que levantan los vehículos al cruzarlos a toda velocidad se pega en los rostros y la ropa de quienes transitan por las cunetas desde las primeras luces del día y hasta el anochecer; sobre todo mujeres y niños. Una de ellas es Harriet, de 15 años, que cada día camina hasta el colegio acompañada de varias amigas de su misma comunidad, un conjunto de cabañas de adobe y paja, sin luz ni agua corriente, en Adjumani, una recóndita región de bosque tropical que hace frontera con Sudán del Sur. Cuando llega a la escuela, su uniforme raído de rosa chillón está recubierto de una fina capa de polvo. También sus manoleínas negras —desgastadas en la punta y el tobillo— coronadas en el empuje con una flor de loto. Ella, como el 90% de los niños de Uganda, gasta un único par de zapatos.

Se levanta a las seis de la mañana. No desayuna a diario, solo cuando hay comida en casa. Pero su estómago vacío no le impide echar a correr cuando vislumbra a lo lejos la copa redondeada de la acacia que parece proteger la entrada del colegio. Harriet es alta, estilizada, atlética. Transmite la elegancia de una bailarina. Como el resto de sus compañeras, lleva la cabeza rapada casi al cero. Dice que lo hace por comodidad, pero también para evitar comentarios desagradables de los chicos. El machismo es una amenaza constante para una adolescente en Uganda, donde 26 mujeres son violadas cada día.

Son las 7.30 y Harriet, al igual que los 600 alumnos de este colegio de primaria, se entrega a la limpieza de la hojarasca dejada por la tormenta de madrugada. Al barrer, el sonido de las escobas hechas con ramas rompe el silencio que reina en el patio. En sus fachadas desconchadas hay dibujados varios grafitis. En uno aparece un hombre bajo rejas y una mujer

embarazada sollozante. Y una advertencia: “El sexo temprano causa encarcelamientos y embarazos”. A la entrada del aula de Harriet hay escritos otros dos mensajes: “Evita los matrimonios forzados” y “¡Cuidado con el sida!” (1.300.000 ugandeses viven con VIH y dos tercios de las nuevas infecciones se producen entre adolescentes). Consignas que buscan cambiar la realidad de un país en el que el 25% de las adolescentes están embarazadas o han tenido hijos y el 40% son obligadas a casarse antes de los 18 años.

En su clase hay 35 alumnos. Cuando empezó primaria, a los seis años, eran más de 200, pero según fueron creciendo algunos de sus compañeros dejaron de venir. De un día para otro. Sin avisar. La última fue Helen, de 17 años. Se quedó embarazada hace seis meses y desde entonces no ha vuelto a pisar las aulas. Los profesores han encomendado hoy a Harriet la misión de convencerla de que retome los estudios una vez dé a luz. “No habrá un futuro digno para tu hijo si renuncias a la educación”, le implora Harriet a su excompañera a las puertas de su cabaña, a un kilómetro escaso del complejo escolar. La acompañan otras dos chicas. Sentadas en sillas de plástico, mientras a su alrededor un cerdo olisquea a un bebé que gatea desnudo, las tres amigas tratan de persuadirla para que “concentre todas las energías en los estudios”. Los embarazos de adolescentes y los matrimonios prematuros son los principales culpables del abandono escolar en Uganda. En otros casos, las familias no pueden asumir el coste del material o los padres prefieren que sus hijos trabajen en el campo.

A media mañana, Harriet lidera un taller de música con canciones que hablan del acoso, la igualdad de género y la dignidad de las mujeres. Lo hace inmersa en un bosque de acacias cuyas hojas en forma de helecho filtran los rayos de sol. Su delicado timbre de voz se alza hacia el cielo, sobreponiéndose al canto de los pájaros, al ritmo seco que marcan sus palmadas. “Los chicos deben dejarme tranquila, / me casaré en un futuro pero no ahora”. El estribillo de esta íntima plegaria góspel es acompañado por el coro de 10 alumnos que replican los movimientos cadenciosos de Harriet. “Igualdad de oportunidades, eso es lo que todas necesitamos”, clama en otro momento.

Admira a sus maestros y a las mujeres del Parlamento ugandés “porque apoyan el poder de la educación”. Quiere ser contable para construir una casa para sus padres y un mercado. Sus enormes ojos proyectan una mirada dulce. Habla poco y entre susurros. Apenas sonríe, pero si lo hace

muestra su carisma. No necesita de aspavientos para que su discurso feminista haya calado entre sus compañeras. “Primero conseguiré un trabajo, y solo después tendré hijos; tres como mucho”, dice sumando con sus dedos. En Uganda, las mujeres tienen cinco de media.

A la hora de comer, Harriet sale al encuentro de su mejor amiga, Manuela, a la que anima a diario a aprobar los exámenes para que puedan seguir juntas en secundaria, una etapa a la que solo llega un 25% de niños. Agarradas de la mano, hacen fila frente al cobertizo donde se reparte la comida. El menú no varía. Siempre comen judías acompañadas de *posho*, una papilla de harina de maíz. Lo hacen después de esperar otra cola frente a grandes bidones azules donde tienen que lavarse las manos. La higiene aquí es la primera trinchera en la lucha contra enfermedades como el cólera. Harriet y Manuela almuerzan recostadas sobre el prado que hay a la entrada del colegio después de bendecir los alimentos. Al terminar lavan los platos y los dejan secar sobre una especie de tendedero hecho con troncos de madera.

Aparte de estudiante modélica, con un excelente rendimiento en matemáticas e inglés, Harriet es una velocista formidable. Al correr dice que se siente libre. Su sueño es competir en Kampala, la capital. Hoy tocan 100 y 200 metros libres. A golpe de silbato, dirige el entrenamiento con saltos, estiramientos y flexiones mientras bromea con sus compañeras. Harriet imprime velocidad a las plantas de sus pies descalzos para atravesar la meta la primera. No está acostumbrada a perder.

A las cinco de la tarde acaban las clases y Harriet se reúne con sus amigas para emprender el regreso a casa cargada con libros ajados. En su rostro, bañado por la luz tostada del atardecer, no se adivina el cansancio. Le espera una caminata en la que se cruza con vacas y cabras, la mayoría famélicas, que pastan en los bordes del camino.

Los padres de Harriet, sin recursos, encomendaron la educación y la crianza de su hija a su tío, un oficial de policía polígamo casado con tres mujeres, aunque solo la más joven se hace cargo de ella. A cambio, Harriet la ayuda a preparar la cena. En el pequeño huerto familiar crece la yuca o cassava (un tubérculo rico en hidratos de carbono), berenjenas, tomates y papaya. También calabazas, cuyas hojas arranca para hervirlas y mezclarlas con cacahuetes machacados con una piedra, dando como resultado una crema de color ocre que será la cena para los 15 miembros de esta familia.

Hombres y mujeres comen por separado bajo la penumbra. La energía que absorbe durante el día una placa solar sirve para iluminar parcamente sus platos. Las tres mujeres duermen, con sus respectivas proles, en cabañas distintas. El marido solo pasa las noches con las dos más jóvenes, que va alternando a capricho. Harriet, en cambio, se puede sentir afortunada porque descansa junto a dos de sus primas en la que en un futuro será la residencia principal, pero que ahora es un esqueleto de paredes sin enfoscar. Antes de que la luz se extinga, juega al corro con su prima más pequeña, a la que ha regalado el único juguete de su infancia: una muñeca de nombre Baby con la cabeza y el cuerpo a punto de desmembrarse. “Sueño con llegar muy alto”, dice Harriet antes de acostarse en un mugriento colchón a los pies de una oxidada litera de hierro. A ras de la tierra de Uganda.

Poesía contra el machismo

Katleen tiene 15 años y vive con su madre en un suburbio a las afueras de São Paulo. Va al colegio por las mañanas y por las tardes trabaja de camarera para ayudar a la economía familiar. Su plan A es ser militar, y el B, estudiar Servicio Social. Mientras, combate las desigualdades con sus versos.

Nací poderosa
Simplemente no lo imaginé.
Y hoy estoy aquí
Vomitando en tu cara
Desatascando todo lo que estaba atascado
incluso sin comer nada.
Por eso,
Ámate a ti misma sin miedo, chica
Sé que mis versos te tranquilizan
Mis estrofas te liberan
Soy la que te escucha
Soy la que te cura
Eso te salva de las madrugadas frías
Soy una mujer de São Paulo
Y mi nombre es poesía.

Katleen ya no es Katleen. Pero es más Katleen que nunca. Ha destilado la gota más pura de su esencia. A su yo de hace dos meses se le veían todas las curvas por encima de unos vaqueros rotos y un top rosa con escote. Y a ella el rosa no le gusta. Aún tiene el armario lleno de tacones. Pero ya no los usa. Esa no era ella. Era la Katleen que le gustaba a su familia. Femenina. La que vestía al estilo del suburbio de São Paulo, Brasil, donde vive y domesticaba su raíz afro alisándose el pelo para que le cayera lacio sobre los hombros. Hasta que dijo basta.

Pasó que ha cumplido 15 años y ha empezado a buscarse debajo de todo el cartón piedra que su entorno había construido sobre ella. Si cuando iba a comprar ropa con su madre le llamaba más un pantalón de deporte que una falda, ¿por qué no hacer caso a lo que ella deseaba? Y si su pelo le chillaba que quería salir con fuerza hacia arriba en una preciosa espiral color chocolate, ¿por qué ignorarle hasta dejarle sin personalidad ninguna? “Mi pelo tenía mucho volumen. La gente en

general me decía que era feo y desarreglado. Así que yo fui aprendiendo a arreglarlo y, al final, lo dejé sin cuerpo. Pero poco a poco fui conociendo referencias afrobrasileñas e identificándome con ellas, y entonces vi que era posible y bonito. Me lo corté para que recuperara su forma. Este nuevo corte representa una nueva fase de mi vida”.

Katleen vive con su madre en un suburbio a las afueras de São Paulo. Se levanta a las seis de la mañana para ir a la escuela. GORKA LEJARCEGI

La fase práctica, dice. También reivindicativa y feminista. Lleva el cráneo rapado y solo ha dejado que su cabello crezca en la parte superior de la cabeza, como si fuera un pequeño aunque denso matorral domesticado. Pero hoy es viernes, y los viernes el rizo le queda raro. Por eso lo oculta bajo una gorra. Eso le da 20 minutos más para dormir, así que el despertador, en vez de sonar a las 6.00, lo hace a las 6.20. Después de la ducha, se viste con una camiseta ancha azul marino, un pantalón de chándal oscuro y deportivas blancas. Y se enfrenta al espejo del armario de su habitación. Observa cómo su reflejo se cuelga de las orejas dos pendientes largos y del cartílago que divide sus fosas nasales un arete plateado. Pulsera en su muñeca izquierda y anillo en el índice de la misma mano. Para el rostro, una base ligera de maquillaje, y en los labios, una lámina de brillo. Por último, coloca unas gafas redondas y se calza una gorra color burdeos de Tommy Hilfiger. En sus auriculares suena *This Is America*, de Childish Gambino. Coge una galleta o algo rápido que pueda comer por el camino y sale de casa.

Katleen vive con su madre —su padre no tiene ninguna presencia en su vida— en un piso modesto con vistas a una ajetreada vía de tren. Ambas residen en una suerte de urbanización formada por varios bloques de pisos con sus fachadas desconchadas. Y todos ellos rodeados por un muro de piedra con alambre de espino. Al otro lado del muro, la quebrada, nombre con el que se conocen en Brasil los suburbios como este de casas desnudas a medio construir, pobreza y peligro. “El camino al colegio lo hago en 20 minutos y, como siempre voy con retraso, no pienso en el riesgo. Me pongo los cascos y voy oyendo música. Lo que más me molesta son los hombres que muchas veces me dicen cosas por la calle”. La adolescencia le pidió a Katleen su cambio de estilo, expresar su personalidad, y de paso cumple otra función: “Cuando me visto femenina, con escote grande, y voy andando, acabo sufriendo acoso. Me chillan o me piden que suba a su coche. Ellos creen que son elogios, pero a mí no me gusta, no me siento alabada. Prefiero vestir así porque me encuentro más cómoda. Las mujeres corremos peligro en todos los lugares. En casa, en los barrios ricos, en los pobres... Nos acosan, nos roban, y solo porque nos ven como algo más frágil. Pero en las quebradas no tenemos auxilio. Ocurre con más frecuencia porque saben que te pueden hacer cualquier cosa y que no les va a pasar nada”. El acoso y las agresiones sexuales son un problema que va en aumento en Brasil. Entre 2011 y 2017 se incrementaron las denuncias por violencia sexual contra niños y adolescentes en un 83%, según datos

de Unicef. Para evitar peligros, hay tramos del camino en los que Katleen procura juntarse con un par de compañeros.

Hoy las dos primeras horas son de biología, pero no ha venido el profesor. No se extraña porque cada mañana falta al menos uno de sus maestros y explica que muchos están de permiso médico y el colegio no cuenta con sustitutos. Les resulta tan habitual que la clase ha aprendido a autogestionarse. Ella se junta a un grupito de 12 y con la combinación de tres movimientos se marca un ritmo. Primero se golpea el pecho con una mano, luego chasquea los dedos y por último da una palmada. Pecho, chasquido, pecho, palmada. El resto la sigue dando manotazos sobre la mesa. La profesora de lengua tampoco aparece y se encuentran de nuevo solos. Arriman los pupitres a la pared, Katleen toma las riendas y, a sus órdenes, uno a uno salen al centro a rapear, leer o cantar en una improvisada sesión *freestyle*. En su turno, Katleen recita con gestos de *hip-hop* un poema propio manchado de feminismo: “Soy una mujer de São Paulo / Y mi nombre es poesía”.

Al final de su jornada escolar, solo ha recibido una de las tres clases previstas para hoy. Puede comer en el colegio, pero prefiere irse a casa. A veces coincide al mediodía con su madre. Si no está, se pone en Netflix un capítulo de la serie *Por trece razones* y come algo que no le llene mucho, una salchicha o una fruta. Si tiene deberes, los hace. Si no, aprovecha para echarse un rato porque apenas duerme seis horas cada noche y arrastra ese cansancio el resto de su día. Pasadas las 14.00, mete el uniforme de trabajo en la mochila y sale de casa porque trabaja de 16.00 a 22.30 en un restaurante de la cadena de comida rápida Subway que le pilla a hora y media y para el que tiene que hacer un tramo andando, otro en bus, otro en tren y otro en metro. Pero es trabajo, y Katleen lleva empeñada en encontrar un empleo desde los 13 años. “Llevo así tres semanas. Me siento cansada, pero vale la pena porque necesito el dinero. Con lo que me pagan ayudo a mi madre, tenemos muchas deudas. La otra mitad de mi salario es para mí, con ese dinero me pago el dentista, compro ropa...”. A las 17.00 tiene una pausa para comer y degusta la única comida contundente de su día: un plato de arroz con carne que le ofrece la empresa. Su estómago no admite mucho más alimento, quizá porque las circunstancias lo acostumbraron así. “Vengo de una familia con muchas dificultades económicas. Tomábamos cuscús para comer porque no teníamos dinero para comprar arroz. Y lo comíamos en el desayuno, en la comida y en la cena”.

Katleen se pasa la tarde haciendo bocadillos. Cuando sale a las 22.30, emprende el camino de vuelta. Sube al metro, luego al tren, pero no al autobús. A esa hora el barrio de Katleen resulta aún más peligroso para una adolescente sola, por eso su madre intenta llegar para recogerla en su Uber a la salida del tren: “Llevaba un año y medio sin empleo. No encuentro trabajo de Servicio Social, que es la carrera que estudié hace cuatro años. Llegué a trabajar ocho meses en un hospital como asistente social, pero me despidieron. Como no encontré trabajo, pensé que podía ganar dinero con el coche. Me gusta, pero tengo miedo. Oí hace poco que dos

conductores de Uber habían sido asesinados en un asalto cerca de aquí, aunque yo no he tenido, de momento, ningún problema”, cuenta.

A Katleen le gustaría estudiar Servicio Social, como su madre. Pero su plan A es entrar en la Marina. “Siento que el ejército es un sistema sucio, con mucha corrupción y milicia, y a mí me gustaría contribuir a mejorarlo. Es importante que haya mujeres porque tenemos que darnos a conocer, hacer resistencia desde dentro. Hay mayor cantidad de hombres porque se cree que son más fuertes y más resistentes, tanto que, si hubiera una guerra, solo ellos podrían luchar. Las mujeres nos quedaríamos como enfermeras. Es una cuestión de representación”. También le gustaría ser escritora. Ha descubierto en la poesía su gran pasión y por eso pasa los fines de semana en un centro cultural. Cuenta que las quebradas tienen mucha más cultura de la que la gente cree, y que este espacio le ayuda a cambiar de mentalidad y a informarse sobre asuntos que le interesan como el feminismo. “Todas las mujeres son poderosas, lo que pasa es que la sociedad te pone en un lugar más débil. Yo me he sorprendido siendo machista, pero la reconstrucción es un proceso, hay que estar atento para ir superándolo. Mi madre, que es machista, siempre me ha dicho que debo tener mi propia casa, mi coche, mi carrera... Que no debo depender de un hombre para construir mi propia familia. Ese discurso es feminista, solo que ella no lo sabe. Las personas con ideas machistas u homóforas es muy difícil que cambien, pero ahora hay gente joven con otra mentalidad. De aquí a 10 o 15 años será distinto. Por eso mis poemas hablan de empoderamiento femenino, machismo y acoso. Yo creo que la poesía puede cambiar el mundo, ha salvado muchas vidas. Incluida la mía”.

La familia de refugiados sirios que recuperó la infancia para sus hijos

Zakaria y Hamza, de siete y seis años, viven en Amán. Son refugiados sirios. La de su familia ha sido una vida de ida y vuelta entre los dos países por culpa de la guerra y la pobreza. Para sus padres solo cuenta una cosa: que disfruten de la infancia que ellos no tuvieron.

EL DÍA COMIENZA con la ciudad de Amán a oscuras, cuando la llamada al rezo reverbera como el viento por las colinas. El padre entra en la habitación de los hijos, enciende la luz y les toca una pierna, y les dice buenos días, y los bultos se mueven bajo las mantas. Los dos hermanos se desperezan, se ponen en pie y hacen la cama. Saltan al suelo y pisan con sus pies desnudos sobre la moqueta de color rosa con dibujos de Angry Birds. En el baño, ante la luz verdosa del fluorescente, abren el grifo y comienzan las abluciones. Zakaria, que es el mayor y tiene siete años, lava sus manos, luego la boca, la nariz, los brazos, la cara, el pelo, las orejas. Después frota con agua el pie derecho y a continuación el izquierdo. Hamza, de seis, repite el ritual, y el padre los observa. Luego van al salón y los tres miran la esquina donde confluyen el sofá y las cortinas. El padre permite a Zakaria empezar la oración y su letanía se mezcla con el zumbido de los primeros coches, con una bandada de palomas que alza el vuelo, con el tictac del reloj. Se postran e inclinan la cabeza hasta la alfombra. Luego se oye el lloro de un bebé: es Shams, la menor de los tres hermanos, que acaba de despertarse.

Tras el rezo, Zakaria coge un dátíl del plato y lo engulle de golpe. Es nervioso, de ojos vivos y expresivos. Lleva el pelo afeitado hasta la mitad del cráneo y coronado por una mata castaña muy repeinada. Hamza es casi igual, algo más retraído. Aparece la bebé Shams y también la madre, una mujer menuda oculta bajo una túnica negra y un *niqab* que solo permite ver la franja de sus ojos. El atuendo contrasta con sus zapatillas de casa: dos infantiles bolas de pelo blancas, con ojos y bigotes. Son poco más de las seis de la mañana y los niños regresan a la cama. Les dejan dormir algo más antes de empezar la jornada.

Zakaria nació en Alepo (Siria) en 2012. Pero el dato resulta casi un accidente biográfico porque, aunque sus padres son sirios, ya vivían en Jordania. Un año antes, en 2011, comenzó la guerra que ha devastado el país y aún continúa. Los padres, Mohamed y Hanan, se casaron ese mismo año. Fue un matrimonio arreglado. Ellos no se conocían. El padre tenía 26

años. La madre, 15. Ambos dejaron de estudiar a los 12. Y él narra una infancia truncada en la que su familia se vio obligada a migrar a Jordania. Eran los noventa. La guerra del Golfo se sumaba a viejos conflictos. Recuerda su primer empleo: tenía nueve años y vendía en la calle los bolsos que fabricaba su padre. Poco después regresaron a Siria y su progenitor le pidió que dejara de estudiar para ayudar a la familia. Aún le culpa por esa decisión. “No tuve infancia”, dice. “Me negaron el derecho de ser un niño”. Y no quiere que la historia se repita con sus hijos.

Ya convertido en adulto, prosigue, viajó de nuevo a Jordania. Consiguió un empleo como sastre. Montó su propio taller de tapicería. Prosperó. Se casó. La familia se estableció en Amán. Nacieron sus hijos. Pero la guerra ya había comenzado a hacer estragos en Siria. Llegaban miles de compatriotas refugiados. A ellos parecía irles bien y, al principio, la familia rechazó inscribirse en el registro de la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR). Su situación era distinta, se decían. Pero dejó de serlo: empezó a escasear el trabajo y el dinero, y crecían las deudas y les resultaba imposible regresar a su país. Hoy viven de cupones de comida y forman parte de la gigantesca cifra oficial de refugiados sirios.

Jordania es el segundo país del mundo con mayor número de refugiados *per capita* (tras Líbano). Tres de sus 10 millones de habitantes son extranjeros; 1,3 millones de ellos son sirios (más de 600.000 registrados por ACNUR). Y la mitad de ellos, niños. Uno se imagina que estos refugiados habitan en inmensos campos precarios en el desierto. Pero la mayoría malviven en barriadas desparramadas por las colinas más deprimidas de Amán. Y su situación se percibe en detalles sutiles. En la nevera vacía. En los desconchones de las paredes. En la última joya de oro, que vendieron para pagar el alquiler. En el único cuadro del salón, un paisaje nevado colgado como un sueño inalcanzable. O en la canasta que el padre taladró en el recibidor para jugar con sus hijos y recuperar con ellos la infancia que él no tuvo.

Los niños no saben explicar bien sus raíces. Tienen claro que sus padres son sirios y que ellos, de algún modo, también lo son.

—¿Sabes qué sucede en ese país?

—No, ¿qué pasa en Siria?

Pero sí saben que allí viven sus abuelos. “No los hemos conocido en persona. Pero les visitamos con el móvil”, dice Zakaria. “Mi abuelo trabajaba con juguetes, pero ya no porque está herido. Hubo una lucha y le dispararon en la pierna, y la bala le atravesó la piel y le llegó al hueso”. Se lo escuchó a sus padres, dice. El progenitor aclara que le alcanzó una bala perdida. Y

que prefiere no contarles demasiado. A esta edad tienen que centrarse en los estudios. La educación se ha convertido en una obsesión en la familia. “No nos importa nuestra vida”, dicen los padres. “Solo su futuro”.

Tras el ligero sueño después del rezo, los niños vuelven a amanecer y a las 7.30 les pasa a recoger un autobús escolar. La furgoneta los lleva a la colina de enfrente, a un centro educativo llamado Makani (“mi espacio” en árabe) gestionado por Unicef y financiado por la Unión Europea. El edificio vierte hacia un cementerio abandonado. Se encuentra en el barrio de Jabal al Natheef, “una zona de miseria extrema”, explica Rand Altaher, oficial de protección social de Unicef y responsable del programa en los espacios Makani (hay 150 centros repartidos por el país). El barrio es un laberinto caótico de callejuelas y edificios. En él se establecieron refugiados palestinos en 1948. El asentamiento provisional se volvió crónico y llegaron más refugiados. Su trazado parece resumir la historia reciente de la región. En el centro, abierto en 2015, hay niños sirios, sudaneses, egipcios, jordanos (la mayoría de origen palestino) y de la etnia dom. Algunos asisten al turno de mañana y otros al de tarde porque, desde el gran éxodo sirio, las autoridades jordanas se vieron obligadas a duplicar los turnos en los colegios. Zakaria y Hamza van a la escuela jordana por la tarde. Pero los padres los han apuntado por la mañana a este centro donde juegan y aprenden y tratan de transmitirles “recursos para la vida”. Esta mañana, Zakaria tiene inglés y la profesora sostiene un mono de peluche. Mientras le toca cada una de las extremidades, repite: “One, two, three, four, five”. Zakaria es diminuto en comparación con el resto. Tiene un carácter fuerte. Sus padres cuentan que de pequeño llegaba a desmayarse de rabia. Cuando lo apuntaron al colegio, se peleaba a menudo. Ellos lo achacan a que había pasado aislado sus primeros años. Sin salir de casa. Sin jugar con otros niños. Hoy está mejor. “El año pasado fue el primero de su clase”, dicen los padres. Y ahora Zakaria sueña con convertirse en ingeniero cuando sea mayor, “para construir casas”.

La jornada en el centro termina a las diez de la mañana, que en esta ciudad parece casi mediodía, y en el autobús un chico llamado Mustafá se sienta detrás de Zakaria y le golpea. Él se protege con carácter, no devuelve los golpes, pero enseña los dientes y muestra el agujero de las dos paletas que se le cayeron hace poco. En casa no hay tiempo para mucho. Los hermanos comen un bocadillo. Hacen los deberes. Se visten con el uniforme azul del colegio jordano. Y, si pueden, antes de ir a clase juegan al baloncesto con el padre. Luego, Zakaria y Hamza se dan la mano y caminan solos hasta la escuela por calles llenas de mugre y coches que pitan. Terminan a las cuatro

de la tarde, ya casi de noche, cuando las sombras se alargan y una luz de oro se posa sobre las azoteas. A veces se dejan caer por el taller de su padre, donde confecciona bolsos y mochilas que ya no logra vender. Cenar los cinco juntos, sobre la alfombra del salón, sin mesa. Y poco antes de acostarse, en la oscuridad, sobrevuela de nuevo la llamada a la oración por las colinas.

Quando una infancia de pobreza en Perú es mejor que vivir en Venezuela

Alix nació en Venezuela hace 11 años, pero lleva uno y medio viviendo en Perú. Su familia emigró para subsistir. Ya no tienen problemas para comer, pero su casa a las afueras de Lima no tiene agua corriente.

EL PAISAJE parece pintado en blanco y negro. Solo que el blanco es el perla de la panza de burra que cubre todo el cielo de Lima. El negro, el barro sobre el que se levantan sus casas desnudas, de ladrillo visto. El resto de colores que visten sus calles recorren de un extremo a otro bien la escala de grises, bien la de marrones. De pronto, algunas pinceladas verdes. Otras azules. Y en una de sus cuadras destaca un trazo rosa al que el polvo no deja lucir como se merece: la casa en la que viven Alix, de 11 años, y su familia en un distrito al norte de Lima. Llevan allí desde hace año y medio.

Este hogar tiene en su interior paredes color pistacho con un pedazo en blanco por aquí y una grieta por allá. En el dormitorio, un corazón grande a rotulador con el nombre de Juliana escrito dentro y, cerca de la puerta, el móvil a bolígrafo del técnico de telefonía. Su decoración es un calcetín navideño de tela, un globo deshinchado del día de la madre, una bandera de Perú pintada con lápices de colores y un espejo que muestra más rayones que reflejos. Bien cubierto todo de polvo. Un único espacio en el que la mitad más cercana a la puerta hace de recibidor, comedor y cocina. La otra mitad, salón y dormitorio. El resto se encuentra a la intemperie. Incluido el baño, un agujero en el suelo del patio cerca del cartel roto de una antigua cevichería.

En esta casa, el despertador suena antes de las seis de la mañana. Suena para el padrastro de Alix, que trabaja de albañil, y para su madre, enfermera en una residencia de ancianos a dos horas en transporte público de su casa. Hace un turno de 24 horas, así que una de cada dos noches duerme en el centro. Antes de marcharse, despierta a la mayor de sus dos hijas y, poco después, la alarma vuelve a sonar a las seis en punto, esta vez para Alix, que ya está espabilada. Se viste rápido, despierta a su hermana Juliana, de

siete años, y le prepara pan con mermelada y un café. Ella apenas desayuna. Si le da tiempo, bebe un vaso de leche. Si no, sale de casa con el estómago vacío. Ya lo llenará cuando llegue al colegio con un pan de yuca y queso y un bote de leche que reparten allí cada mañana.

Alix destaca en su aula. Es la segunda más alta. Su piel es la más blanca. Su pelo castaño, el más claro. Como todos, viste un uniforme que se diría diseñado para mimetizar a los alumnos con el paisaje del barrio. Como si para la chaqueta hubieran elegido el color del rastro que deja el polvo sobre las lonas de los comercios. Para la falda de cuadros, el tono de tierra que cubre calles y aceras. Y con las zonas húmedas y más oscuras de ese limo parecen rematados los detalles. Marrón lleva el uniforme, pero para todo lo que no es uniforme, de mochila a pendientes, ha escogido el rosa. “Pero mi color favorito es el rojo porque está en la bandera de Venezuela”.

Alix nació y vivió hasta 2018 en el país sumido bajo el régimen de Nicolás Maduro. Su familia tuvo que emigrar para subsistir. Apenas les llegaba para comer, así que la madre de Alix emprendió sola camino a Perú. Tanteó el terreno, buscó casa, encontró trabajo. Seis meses después, viajó su marido con las niñas. “Nos empujó a irnos la situación económica. Entre lo que ganábamos mi esposo y yo no nos alcanzaba para comprar lo básico. El sueldo mínimo allá son 80.000 soberanos y un kilo de arroz cuesta 50.000. Las niñas veían lo que estaba pasando. Sabían que si almorzaban no tendrían para cenar. Y si cenábamos hoy, no sabíamos qué íbamos a desayunar mañana. Había carencia, pero ellas siempre comían, aunque fuera un plato de pasta. A lo mejor de cena hacíamos panquecas (tortitas), pero como teníamos poca harina salían solo dos. Una era para Alix y otra para Juliana”. Las dos hermanas siempre llenaban el estómago, aunque no se quedaran satisfechas. En su nueva vida en Perú han renunciado a muchas comodidades, pero al menos no pasan hambre.

Alix y Juliana son las dos únicas venezolanas en un colegio de 1.300 niños, un dato que no refleja la realidad. En Perú residen 728.000 ciudadanos de esta nacionalidad, según cifras de 2019 de la Superintendencia Nacional de Migraciones. Se ha convertido en el segundo país, después de Colombia, que más venezolanos acoge. El 62% de ellos afirma sentirse discriminado, según el último informe de la Agencia de la ONU para los Refugiados (Acnur). Alix no convive con ese rechazo, pero su madre sí lo ha sufrido. “La gente te ataca. Acá no, pero cuando sales hacia Lima te ofenden, te insultan.

El otro día una señora me lanzó un botellón de agua y me gritó que me fuera a mi país”.

0 ciudadanos de esta nacionalidad, según cifras de 2019 de la Superintendencia Nacional de Migraciones. Se ha convertido en el segundo país, después de Colombia, que más venezolanos acoge. El 62% de ellos afirma sentirse discriminado, según el último informe de la Agencia de la ONU para los Refugiados (Acnur). Alix no convive con ese rechazo, pero su madre sí lo ha sufrido. “La gente te ataca. Acá no, pero cuando sales hacia Lima te ofenden, te insultan. El otro día una señora me lanzó un botellón de agua y me gritó que me fuera a mi país”.

Para muchos niños el viaje supone sacrificar su educación, ya que más de la mitad no pueden inscribirse o concluir el año escolar. Y los que se escolarizan, sienten la presión de un sistema educativo más exigente. “En Venezuela el colegio era fácil. Acá me chocó porque ya están enseñando matemáticas”. Lo cuenta Alix sentada en una de las dos camas que tienen en casa. Las juntan y ahí duermen los cuatro. Como apenas tienen sillas, el colchón hace las veces de asiento. A su lado, su madre escucha y apunta que en su país no imparten esta asignatura hasta secundaria. Recuerdan que, al matricularse, Alix realizó una prueba de nivel. Por su edad, le correspondía entrar en 5º de primaria, pero sus conocimientos se quedaban en 4º. “De todas formas me dejaron entrar en 5º. El primer día fue el más nervioso de mi vida. Como mis compañeros son más morenos, me miraban la piel y a cada rato decían: ‘¡Ah! ¡Si está cruda!’. Me llamaban blancona, gringa. Todos venían a preguntarme, era fastidioso”. Con el tiempo, a sus compañeros les quedó la curiosidad satisfecha. Alix logró hacer amigos y equiparar sus conocimientos a los del resto de la clase.

De la escuela sale a las 12.45. Los días que su madre trabaja, se encarga de recogerlas la vecina de enfrente. A veces ella las invita a comer, si no, le toca a Alix cocinar. Su especialidad son los espaguetis con salsa de tomate, mayonesa y queso. Siempre que haya en la despensa tomate, mayonesa y queso. Y las niñas se sientan a la mesa, una superficie de madera estrecha colocada frente a la ventana. Encajonada entre la encimera, la mesa y el horno, come Alix. De rodillas sobre una silla de plástico blanco, Juliana le cuenta a su hermana que un compañero de clase le hace de rabiñar. Las niñas pasan solas la mayoría de las tardes. Juegan. Duermen. Hacen los deberes. Ven la tele. A Alix le gusta pasar tiempo en su rincón favorito de la casa: una rampa de madera podrida a la que se sube para mirar por encima

del muro del patio y contemplar desde ahí la vida del barrio. Los días que está su madre, aprovecha para conectarse a Facebook desde su teléfono. “Hablo con mis amigos de allá. No son muchos porque aún no los he encontrado. Les hablo de mí, de Perú. Ellos me explican cómo van allá, la situación... Lo que pasa en mi país es que el presidente no gobierna bien y no sabe manejar. Eso afecta al país y al pueblo”.

Cuando llega su padrastro, los cuatro cenan y ven la tele tumbados en la cama. A ella le gustan las películas de miedo y a veces se queda hasta tarde viendo alguna. Cuando se le caen los párpados, sueña. Imagina que regresa a Venezuela. Y allí se reencuentra con su familia y sus amigos. Suele ser un sueño feliz, dice. Pero, a veces, se convierte de pronto en una pesadilla.

Abdel, un sueño convertido en realidad

Abdeljabar era adolescente cuando salió de Larache, en Marruecos. Su destino: España, donde le habían dicho que había “mucho dinero”. Desde hace tres años vive en un centro de acogida de Albacete. Ahora, a punto de cumplir los 18, su mayor anhelo es abrazar a su madre de nuevo.

NO PRONUNCIA la palabra arrepentimiento, pero cuando se le pregunta si volvería a emigrar, Abdeljabar, de 17 años, no esconde la desilusión por lo que encontró a su llegada y el anhelo de lo que dejó en Marruecos. “Ahora lo sé todo sobre España. No es como cuando éramos pequeños, con 14 años, que te mienten. Ya no”, afirma. Admite sentirse contento por haber cumplido algunos de sus objetivos y estar en proceso de alcanzar otros, pero el camino recorrido ha dejado un rastro de decepciones y vacíos. Sabe bien lo que es estar rodeado de gente y sentirse solo. “Si vives con tu familia, vas a estar mucho mejor, y aquí, por ejemplo..., si te enfadas, si lloras..., nadie te va a entender”, explica, en su habitación en el centro de acogida donde reside desde hace tres años.

Mar a través, poco más de 100 kilómetros separan Larache, la ciudad donde vivía con sus padres y sus hermanos, de Barbate (Cádiz), el lugar adonde arribó la patera en la que cruzó el Estrecho. Al menos, así lo cuenta él sin entrar en detalles. El viaje es una de esas puertas entornadas de su historia que se resiste a abrir. “Éramos como 15 personas. Pasamos frío y mis piernas no podían ni andar. Me quedé dos días en el bosque, sin comer, sin agua, debajo de un árbol”, relata. Era octubre de 2016, tenía 14 años y había emigrado junto con su amigo de la infancia, Khaled. Un relato en primera persona que podría ser colectivo. A finales de 2018 había 13.012 niños y niñas inscritos en el Registro de Menores Extranjeros no Acompañados en España, casi 9.000 de ellos marroquíes, y solo el año pasado, las llegadas por vía marítima aumentaron un 158%, de 2.345 a 6.063, según datos recogidos por Unicef.

La historia de Abdel —como le llama todo el mundo— no se entiende sin Khaled, al que califica de “hermano”. Se criaron y viajaron juntos y hoy comparten inquietudes desde la misma habitación. Entre sus dos camas, en

un centro de acogida de Albacete, hay apenas un metro de distancia. Allí llegaron hace tres años, tras un breve paso por Chipiona. Su cuarto es el último de un largo pasillo en el que cada puerta esconde la historia de una huida en busca de un futuro mejor. Aún es casi noche cerrada y llueve con intensidad, pero Abdel y Khaled ya están en pie para comenzar la jornada. Son las 7.30 y el alba descubre un pequeño y funcional dormitorio, decorado con un póster del Real Madrid de baloncesto y otro del futbolista Marcelo. “Es mi favorito”, confiesa Abdel sobre el defensa. El chándal que elige ese día para vestirse también pertenece al club blanco, pero más que una declaración de amor por los colores, lo es hacia una persona. “Me lo regaló mi madre”.

En el centro de acogida residen 28 menores con edades que van desde los cinco meses hasta los 17 años. Veintiuno de ellos son extranjeros, todos de origen marroquí. Abdel y Khaled ostentan el título de veteranos y han sido testigos de cómo un lugar sobrepasado por las llegadas de niños no acompañados, en el que el mal comportamiento era una forma habitual de respuesta, ha dado paso a un espacio agradable, donde se habla con respeto y se echa mano del humor en los momentos de convivencia y recreo. La sobresaturación de los centros, la falta de profesionales especializados y la dificultad para tramitar la documentación de los menores son algunos de los principales problemas a los que se enfrenta el sistema de acogida, algo que repercute directamente en las condiciones de vida y en el futuro de los menores. De hecho, Abdel y Khaled son, por el momento, los únicos niños del centro a los que se les ha podido tramitar la nacionalidad. “Cuando Abdel llegó se instaló en la segunda planta porque era la única en la que había menores extranjeros. Entonces, era mucho más pequeño que ahora, muy callado. Hubo 15 días en los que vinieron 10 o 12 jóvenes de manera escalonada muy herméticos e hicieron pandilla”, recuerda Juan Luis Maestre, educador del centro. “Le llamamos el faraón, por su actitud de líder y por el tiempo que lleva aquí”, cuenta como anécdota Celia Sánchez, tutora.

Tal y como ocurre con la historia de su viaje a España, Abdel pasa de puntillas por la explicación de cómo se gestó su marcha. Cuenta que fue por voluntad propia, sin el conocimiento de su familia, y que lo hizo por seguir a Khaled. Tardó cuatro días en decirle a su madre que estaba vivo. Le habían contado que aquí había “mucho dinero”. “Yo quería terminar mis estudios y que me operaran del brazo”, explica en un castellano atropellado. La intervención quirúrgica a la que alude ha sido uno de sus grandes caballos

de batalla desde que llegó. Una vasta cicatriz cubre su espalda y su costado izquierdo a consecuencia de una quemadura desde que tenía alrededor de un año y medio, algo que le impedía mover el brazo con normalidad. “Ahí [en Marruecos] no tenemos buenos médicos. Si te lo hacen te piden 40.000, 50.000...”, se justifica, antes de agradecerle al personal del centro su dedicación. La pasada primavera pasó por quirófano y ahora, por fin, consigue subir el brazo casi con total libertad.

Abdel posee una mirada escudriñadora y tímida al mismo tiempo. Un hermetismo al que hacen referencia todos sus profesores, tutores y educadores, pero que, al mismo tiempo, no le ha impedido convertirse en una especie de líder para sus compañeros del centro, ni relacionarse desde el primer día con el resto de alumnos de la Escuela de Cuchillería. Desde el curso pasado, acude todas las mañanas durante cinco horas a un módulo de Formación Básica de Fabricación y Montaje que combina asignaturas teóricas de educación secundaria con horas de taller y estancias en empresas. “Abdel es prácticamente el único al que dejo solo mientras hace sus cosas. Yo les digo que, si no se aplican, de aquí se van a trabajar al campo”, sostiene Carlos Roque Rodríguez, uno de los formadores, mientras Abdel intenta realizar un taladro. Este año espera repetir las prácticas en la fábrica de cuchillería Arcos, donde lo definen como un chico humilde, con ganas de aprender y trabajador.

El de Abdel es un ejemplo de integración y esfuerzo por pertenecer a una comunidad que no siempre le ha visto como un igual. “Me dicen: ‘Tú eres moro, los moros matan a la gente’. Los moros, los moros, los moros... Están equivocados. Somos como todos”, razona. Él cuenta con orgullo que la mayor parte de sus amigos son españoles —gracias, en parte, a su afición por el deporte— y que le tratan bien. Incluso, dice tener una novia —no aclara si albaceteña— con la que queda por las tardes. “De Albacete me gustan el fútbol, los amigos y las amigas que tengo aquí. Entreno con ellos. Lo que menos me gusta, por ejemplo, es si tengo un amigo que roba. No voy a quedar con él. Si tengo un amigo que da problemas, no voy a quedar con él”, aclara. Su tiempo libre lo divide entre el ejercicio al aire libre, los futbolines del Centro Joven y la pandilla.

Alrededor de las 16.30 seis chicos intentan, con más o menos dificultad según el caso, resolver ejercicios de lengua y otras materias en la sala de estar. Aprender castellano es tan arduo para ellos como urgente. “Naranja”. “Limón”. “Melocotón”. Abdel llegó sin saber decir “hola” y hoy enseña a su

compañero Mohamed los nombres de las frutas con soltura. “Están muy contentos con ellos en el instituto. Hay que tener en cuenta que son niños que vienen sin hablar una palabra y de repente se encuentran en 2º de la ESO, algo que también valoran”, dice Grego de la Dueña, educadora social del centro. Lejos de querer dejar de estudiar, Abdel ya piensa en comenzar tan pronto como pueda un curso de peluquería que intentará “pagar con su dinero”. De momento, hace sus pinitos cortándole el pelo a los chicos del centro.

El próximo 7 de enero, cuando cumpla 18 años, Abdel deberá soltar amarras y empezar una vida fuera de la protección del centro. Un momento de gran vulnerabilidad para la gran mayoría de los niños no acompañados que se enfrentan a ese reto en soledad. Él ha tenido suerte. Cuando salga por última vez por la puerta de su hogar actual, podrá ir a un piso de autonomía que compartirá con otros cuatro jóvenes, contará con el apoyo de una educadora y recibirá una renta mínima que le permitirá hacer frente a los gastos, mientras acaba sus estudios y encuentra trabajo. Entonces, también le quedará menos para obtener la nacionalidad. “Si pasa un año, me faltan dos años. Voy a ser español”.

El verano que viene habrán pasado casi cuatro años desde que Abdel, el pequeño de siete hermanos, el niño mimado, viera por última vez a su familia. Un largo periodo de tiempo que no ha apaciguado su mayor deseo. Por el contrario, lo ha hecho más intenso. En junio, después de terminar sus estudios, cuando sea mayor de edad y pueda viajar sin miedo a no poder volver, tiene claro cuál será su destino. “Lo primero que quiero hacer cuando vuelva a Marruecos es abrazar a mi madre”. Mientras, en su móvil guarda una única fotografía de ella con su hermano Mohamed en la que está escrito: “Mi madre es la mejor de las mujeres, lo es todo, sin ella la vida no vale nada; el mundo necesita un corazón como el de mi madre... Te quiero, madre”.

Laura, la granadina de 15 años que combate el monstruo del “bullying”

Esta chica de 15 años ejerce como mediadora de conflictos en su instituto de Motril, en la costa de Granada. Resuelve roces entre niños que pudieran parecer banales, pero que son la semilla del acoso escolar.

LAURA (Motril, 2004) es una adolescente con una sonrisa perpetua que pareciera difícil desdibujar. Es su alegría de saberse diferente, su prematura sabiduría de llevar la singularidad con orgullo. “A mí y a mis amigos no nos gustan las mismas cosas que a los demás. Nos preocupamos por cosas distintas”, explica durante una hora de clase que se ha podido saltar para sentarse con calma con nosotros dentro de su atareada vida, un continuo trajín de escolar juiciosa que va desde que desayuna un té paquistaní con tostadas con su madre a las 7.30 hasta que se mete en cama después de las 22.30 y lee hasta que se queda frita. “A nosotras no nos hacen gracia los programas de Telecinco, que son, si se puede decir, una auténtica basura”, dice con la boca pequeña, como si le diera reparo descalificar el gusto mayoritario, “ni estas músicas como el trap o el reguetón con letras que no tienen ningún sentido profundo, que son solo un negocio”. Para conocer qué le atrae a ella basta un vistazo a su habitación, su templo, al que nos dio paso durante los días que la visitamos. Un cuarto muy ordenado, reflejo de una mente precisa, en el que destacan los pósteres de dos maravillosos bichos raros como Freddie Mercury y Elton John. “Fueron unos incomprensidos y a la vez unos genios de la música”, nos dice Laura en un aula vacía del instituto José Martín Recuerda, un centro público, bullicioso e iluminado por el sol espléndido de Motril, rodeado por un barrio modesto llamado Huerta Carrasco del que llegan a mediodía, colándose en las clases, los sonidos de otra rama genial, peculiar y orgullosa de la música, el flamenco.

Su madre, María, de 46 años, nos dice que le asombra la cantidad de intereses que tiene su hija. “Se ha apuntado a guitarra, a gimnasia rítmica, a tenis, a voleibol, a teatro y a toda actividad que se le cruce por el camino”, ríe. “Es una valiente, y a mí, que siempre fui muy cobarde, me da una alegría

inmensa ver que es así”. A Laura, sin embargo, la valiente le parece su madre. Es la persona que más admira en este mundo. La admira tanto o más que a la bióloga molecular Margarita Salas, su gran referente científico. “Mi madre me impresiona porque es capaz de poner todo lo que le importa, sus hijos [dos, Laura y su hermano, David] y su familia, por delante de ella. Yo no sé si podría hacer eso”, dice esta muchacha que aspira a “un mundo ideal” en el que se equilibren “individualismo y generosidad”, y que no se ve teniendo hijos y formando una familia, sino convirtiéndose en un médico “capaz de ayudar a los demás”, tal vez fundando una organización, imagina, “para trabajar en África”.

Su altruismo ha hecho que se involucre en uno de los proyectos pedagógicos más valiosos de su instituto: la formación de mediadores adolescentes que adquieran habilidades para dirimir conflictos entre compañeros más jóvenes. “La finalidad es ayudarlos a resolver sus problemas sin marcarles las soluciones”, dice. Se interesó por este experimento porque en su día tuvo problemas con “un niño machista” que las molestaba a ella y a otras niñas y no encontró el respaldo escolar que hubiera querido. Cree que abordar los piques así, entre estudiantes, facilita el arreglo mejor que si queda en manos de los adultos y de sus procesos burocráticos. Las mediaciones entre niños son más simples y espontáneas. El instituto nos invita a asistir a una. El conflicto es nimio. Una niña se queja de que un niño le quita cosas de su estuche y de que ha llegado al extremo de romperle una goma. El niño alega que cascó la goma sin querer. Laura y Gema, otra mediadora, repasan con ellos el caso en un aula y se llega a la conclusión de que el chaval debe disculparse, con sinceridad. Este dice cabizbajo:

—Le pediré perdón por lo que pasó.

—¿Tú le perdonas? —preguntan a la niña.

—Sí.

—Vale. Pues esto está solucionado. ¡Hala, al espectáculo de Halloween!

Pudiera parecer una menudencia, pero en el instituto recalcan que esta es la base para crear una cultura del diálogo que limite con los años las escaladas de acoso, agresiones verbales y bullying en general. Hablar sobre una goma rota, pedir perdón por ello y aceptar la disculpa sería un granito de arena en un proceso de concienciación en el respeto al otro y en el rechazo de la violencia. “Negocian, llegan a acuerdos, resuelven problemas”, explica Blanca Méndez, directora del José Martín Recuerda,

que cuenta con la acreditación de Unicef de centro referente en educación en derechos de infancia y ciudadanía global. “El modelo de la escuela tradicional siempre ha sido poner parches: ‘Tú no la mires, y si ella va por un lado, vas tú por el otro’, por ejemplo, y eso no es enseñar a convivir. Con esto, además de llegar a acuerdos y compromisos, hacemos que todos los que pasan por el proceso, tanto los mediadores que se forman y median como los niños involucrados en la mediación, ganen una experiencia que les sirve para extrapolarlo a otras situaciones, en la escuela y en la vida”. Laura piensa que estos pequeños roces son el principio de males posteriores y sostiene que la agresividad, por lo general, “viene de la necesidad de las personas de llamar la atención de los otros, incluso de llamar la atención de las víctimas”.

Entra al instituto a las 8.15 y sale a las 14.45. Disfruta de estar allí. Durante el reportaje se mueve rodeada de gente —sus amigos a veces, otras los periodistas, o unos y otros al mismo tiempo— y no se inquieta por el jaleo a su alrededor. Solamente se la ve comiéndose el coco cuando están a punto de decirle la nota de una prueba de biología que según ella no le salió demasiado bien: “Sería el primer examen que suspendo en mi vida”. Su mayor ilusión es conseguir una beca para estudiar primero de bachillerato en Estados Unidos o en Canadá. Le brillan los ojos cuando lo imagina. Pule sus notas punto a punto para intentar conseguirlo. Pero su padre se contraría cuando se le habla de este empeño de su hija. David, conductor de autobús de 47 años, dispone de un abanico de elogios para su hija, pero también de una crítica: “Es demasiado perfeccionista, y eso es un defecto. Laura debería pensar menos en becas y vivir la vida como una niña normal”, dice.

Pero sucede que es una chica ambiciosa que, si bien se siente “feliz” en Motril, con todo lo que necesita —“mi familia, mis amigos, salud y mis perrillos”—, también desea salir de su pueblo a mejorar su inglés, una lengua que le apasiona, y conocer mundo: “Mi familia más buena no puede ser, y tenemos playa y un paisaje bonito, pero...”, suspira, “siento que no puedo salir de aquí y me siento como enjaulada”. En los paseos por la orilla con sus padres les acompañan Coco y Queen, un perro chiquito y nervioso y otro mediano y pachorrudo que son como el yin y el yang de la familia. Laura se define como una chica de “ideales fuertes”. En su cabeza hierve la preocupación por dos problemas con los que su generación se ha sensibilizado más que ninguna antes: la desigualdad entre hombres y mujeres, y la destrucción del medio ambiente. Ella se considera “ecologista

y feminista”. “Nos estamos cargando el mundo”, dice por un lado, “y me indigna bastante que políticos como Trump se comporten como si eso fuese un cuento chino”. Por otro, se cabrea —y su perenne sonrisa se cae, se crispa su boca— pensando en la violencia machista: “Maltratar a alguien porque te crees que es tuyo es algo horrible. Ninguna mujer ni ningún hombre son propiedad de nadie”. Más tarde confesará que sus noches, que son plácidas y en las que duerme “ocho horas del tirón”, se ven a veces respunteadas por una pesadilla que vuelve una y otra vez: “Estoy en el futuro y vivo casada en un mundo en completa decadencia”, y sonríe de nuevo pese a la idea lúgubre. Sus padres dicen, mientras Laura entrena a voleibol como cada martes bajo el atardecer dorado de la costa tropical de Granada, que la sensibilidad de su hija hacia esos asuntos es tal que no es raro que en medio de una comida o una cena, si una noticia la hiere, deje de comer, así tenga delante su plato preferido, “el arroz tres delicias del restaurante chino”.

Denish, un líder escolar para construir la paz

La vida de este adolescente ugandés de 16 años es tan ejemplar como modesta. Suple la escasez de recursos con grandes dosis de solidaridad. CUANDO DENISH llega a casa por la tarde tiene mucha hambre. En la escuela a la que acude en Adjumani (norte de Uganda) solo ha comido, muchas horas antes, una parca ración de frijoles con *posho*, una gacha de harina de maíz, hasta rebañar el plato. Son alimentos que solicita el colegio a las familias al inicio de cada trimestre, junto a 20.000 chelines (medio euro) para sufragar la compra de aceite y sal. Un 48% de niños en Uganda no come tres veces al día, pero Denish, en cierto modo, es casi un privilegiado. El padre de este chico de 16 años trabaja un huerto propio donde siembra arroz. Puede llegar a vender 1.000 kilos de cereal al año, aunque con lo que realmente gana dinero es con el cultivo de algodón, cuyo excedente amontona en la choza donde duerme Denish junto a sus hermanos. Si las cosas se tuercen, se desprende de una de las doce vacas con las que ara el campo, el animal más cotizado en esta parte de África después de la cabra.

Denish camina con el desparpajo de un rapero de Harlem. Transmite un aplomo que sus compañeros responden abriéndole hueco a su paso en señal de respeto. Un prestigio que, dice, se ha ganado a pulso. Es el *head prefect* o súper delegado, la persona encargada de mediar en las peleas y despachar los asuntos más acuciantes con los profesores. Decidió presentarse como candidato al ver que su antecesor “no resolvía las disputas y se enfrentaba incluso a los niños”. Se ganó la confianza del resto tras una intensa campaña que basó en “el respeto a los padres, la mejora del rendimiento académico y la importancia de dejar de ir a las discotecas”, lugares de mala reputación entre la juventud ugandesa al asociarse al consumo temprano de drogas y alcohol. Cada mañana a primera hora, hace desfilar a grandes y pequeños ante la bandera ugandesa y de la Comunidad de África Oriental, que agrupa a Uganda y sus cinco naciones vecinas. Perfectamente alineados en filas, los alumnos entonan el himno nacional y otros cánticos patrióticos y solo se disuelven cuando lo ordena el grito marcial de Denish. “Adoro mi país, pero de mayor me imagino pudiendo viajar al extranjero, formándome y volviendo a Uganda para mejorarla”, explica.

El amor a su tierra no es tan intenso como el que profesa a Dios. Es un católico devoto, como el 60% de sus compatriotas. Lleva colgado al cuello un rosario de cuentas azules rematado por un crucifijo de plata que hace contraste con su piel azabache. Programa el despertador a las cuatro de la madrugada en su flamante reloj chino marca Taskin -que adquirió en un mercadillo a cambio de “un puñado de naranjas”- para rezar abrazado a su amuleto religioso. También sueña con ser director de banco y poder así construir una iglesia y un orfanato “para los huérfanos y los más vulnerables”. Mientras llega ese momento, acude a misa a un aula del colegio en la que se congregan cada domingo más de 200 personas, la mayoría mujeres, que vibran con las lecturas sagradas. Desde un viejo atril carcomido, un cura itinerante dirige los rezos y todos juntos se conjuran contra la adversidad al ritmo de los bongos y el *adungu* (un harpa ugandesa con forma de barca). Denish goza con cada oficio: “Es nuestra forma de crecer con valores morales, de ayudar a los demás, de no robar, de no matar”.

En Adjumani aun late el recuerdo de la crueldad del Ejército de Resistencia del Señor del siniestro Joseph Kony, en paradero desconocido, quien asoló esta zona limítrofe con Sudán del Sur hace una década, formando un ejército de 30.000 niños soldados que provocó 100.000 muertos y más de dos millones de desplazados. Denish no sufrió directamente esa violencia pero sí las heridas sin cicatrizar que ha dejado en esta tierra tan acostumbrada a sobreponerse a las peores desgracias. Quizá por ello lidera el Peace Club, un grupo de 35 alumnos que se reúne semanalmente en un desvencijado barracón para encauzar los conflictos en cuanto son detectados y evitar así que se extrapolen a las familias. Las riñas suelen desencadenarse por escasez de comida o malentendidos amorosos. A veces también por robos de cuadernos o lápices, como el caso que les ocupa hoy. “Estamos aquí para resolver la pelea entre Francis y Manuela”, proclama Denish al dirigirse solemnemente a una suerte de jurado popular. Sentados frente a frente, están el pequeño Francis, con un aparatoso vendaje que tapa una brecha en la frente, y Manuela, con cara de culpabilidad. “La violencia nunca es la respuesta, una herida que sangra puede provocar la muerte”, advierte a la chica, cabizbaja. No parece ninguna exageración, ya que el hospital más cercano está en la capital del distrito, a no menos de tres cuartos de hora en coche. Un sincero apretón de manos sella la disputa y desata un aplauso unánime. Pero no siempre ocurre así: cuando la mediación de Denish y sus *apóstoles de la paz* no fructifica es el turno de los maestros. Ellos tendrán la última palabra.

Entre las misiones del Peace Club está la de ayudar a personas mayores o discapacitadas. Como Susan, una anciana que malvive desamparada en un claro del bosque. Hasta hace poco tenía la compañía de su nieta, pero esta la abandonó al verse obligada a casarse en la recta final de su embarazo, algo habitual en Uganda. Muestra, temblorosa, su documento de identidad para recordarse a sí misma que tiene 87 años. Postrada bajo un limonero, entre cáscaras del fruto amargo y cubierta por unos sucios harapos, recibe la visita de Denish y cuatro chicos más cargados con azadas y bidones de agua. “Los ancianos son los más sabios y nos sirven de guía a los jóvenes. Por eso ayudarles me hace feliz”, afirma Denish sujetando entre sus manos los dedos huesudos de Susan. La joven cuadrilla remueve la tierra, corta la hierba y adecenta el interior de la cabaña donde esta mujer surcada por las arrugas pasa la noche sobre una finísima esterilla de lamas de bambú. Al desbrozar el jardín quedan al descubierto las tumbas de su marido y de su hijo, caído en combate contra las milicias de Kony. Los muertos, a diferencia de los vivos, se resisten a abandonar a Susan.

A su regreso a las aulas, Denish se reúne con sus *ministros* responsables de mantener limpio el patio, izar la bandera, tocar la campana al final de las clases o fregar las letrinas. Son elegidos a principios de cada curso por los propios alumnos. “El colegio está muy limpio y bonito. Tenéis que seguir trabajando duro para que siga así”, les exhorta. En el turno de preguntas, uno se queja de que no hay papel higiénico; otro de que faltan platos para comer; un tercero de que escasea el jabón... Denish promete poner todo ello en conocimiento de sus superiores. Un ejemplo de democracia participativa.

En clase de Ciencia el profesor pasa lista mientras los cuadernos empapados por la lluvia de la mañana se secan al sol en el alféizar de la ventana. Es la asignatura preferida de Denish y en la que mejor nota saca. Hoy faltan diez alumnos de un total de 64, un absentismo que se dispara cuando arrecian las tormentas en otoño y primavera. Entonces, los caminos sin asfaltar se convierten en barrizales intransitables a pie. “Llegan los mosquitos que causan la malaria. También los mangos enferman y su fruta podrida transmite el cólera”, relata Denish desde su pupitre. El parásito de la malaria, inmune a las vacunas, es el culpable de una de cada tres muertes de niños menores de cinco años en Uganda. Mosquiteras como la que protege a Denish por las noches son repartidas gratuitamente por el Gobierno. Algunas familias las revenden en el mercado negro para sobrevivir.

La supervivencia aquí se mide en litros de agua. Un goteo incesante de mujeres y niños, algunos muy pequeños, con latas vacías de combustible sobre sus cabezas, recorre a diario los caminos que conducen a las cuatro fuentes del colegio de las que emana agua potable. Garantizan el abastecimiento no solo a los alumnos sino también a la población que vive diseminada en pequeñas aldeas varios kilómetros a la redonda. Allí también acude Denish a rellenar unos bidones que coloca en el centro y en los costados del *compound* para que los chicos siempre tengan las manos limpias. Especialmente antes y después de comer.

Pero donde se siente más útil es en los talleres en los que instruye a chicas, y también a chicos, en la confección de compresas reutilizables. Es un proyecto que arrancó hace tres meses simultáneamente en 50 escuelas ugandesas. Él fue uno de los seleccionados. Ante la atenta mirada de sus compañeros, que después tendrán que elaborar sus propias tiras higiénicas, Denish recorta trozos de tela y plástico que junta y cose para dar forma a unos rudimentarios pero efectivos apósitos. Una bobina de hilo a medio gastar y unas viejas tijeras pasan de mano en mano para que todos puedan fabricar el suyo. “Así podréis jugar y saltar sin que la sangre os lo impida”, dice levantando un murmullo de risas entre sus compañeras. Acaba el ejercicio y cada chica se lleva consigo dos compresas, para ir alternándolas cuando tengan la regla. De media, cada apósito les dura seis meses, es decir, seis menstruaciones.

A Denish le encanta la música, especialmente la del rapero Big Star. Las letras combativas que han convertido a este cantante en un ídolo local amenizaban sus fines de semana hasta que su viejo transistor dejó de funcionar hace meses. Cuando puede va a casa de su amigo Kennedy y, juntos, siguen escuchando sus canciones. La radio es su nexo con el mundo exterior –un 85% de niños ugandeses no tiene televisor y un 97% carece de acceso a un ordenador–, especialmente los sábados, cuando emiten programas dedicados a la infancia y la educación. Los disfruta casi más que el fútbol, que practica con sus cinco hermanos al llegar a casa. No lo hacen con una pelota hecha de trapo, como en el colegio, sino con un enorme limón que patean hasta que su corteza se resquebraja y deja de rodar. Jadeante y sudoroso, antes de ayudar a su madre con la cena, se declara hincha del Chelsea, donde milita el brasileño Willian, su jugador favorito. Quizá porque nunca en su vida ha visto jugar a Leo Messi.

Yayer, una niña que ya es mayor

Con 11 años dejó el colegio y se puso a trabajar, con 16 se casó y con 17 se quedó embarazada. Yayer es una de las miles de niñas del norte de Laos que zanján su infancia mucho antes de lo que les correspondería. Pasamos un día con ella en la remota aldea donde vive.

HACE UN AÑO Ater Khorthang, 18 años recién cumplidos, cogió la moto de su familia y salió de Phapouk, su aldea, en busca de esposa. Condujo dos horas por la enredada carretera que atraviesa las montañas y llegó a Samakhixay, otro pequeño pueblo. Se tomó algo, saludó a un par de conocidos y vio a Ya Yer, una niña de 16 años a la que sus vecinos le han unido el nombre con el apellido para convertir el resultado en su apodo: Yayer. Charlaron unos minutos, se sonrieron con timidez y quedaron en volver a verse.

Ater regresó al cabo de una semana. E iría 9 veces más en los siguientes 3 meses. En la última de sus citas, Yayer se escapó con Ater sin avisar a sus padres. Llegaron a Phapouk, la aldea de Ater y, al cabo de unos días, se casaron. Yayer se instaló en casa de la familia de Ater y, tres meses después, regresó a su aldea para decirle a su familia que se había casado. “Es una chica muy bonita y muy buena. Decidí que ella fuera mi esposa porque era la más bonita del pueblo”, dice Ater. Yayer sonríe, se ruboriza y baja la mirada.

Pocos meses después de dar parte a su familia, Yayer se quedó embarazada. Acababa de cumplir los 17. Ahora está de 16 semanas, ya se nota su barriga. Va a ser una niña, aunque todavía no saben qué nombre le pondrán. En esta zona de Laos no se decide el nombre de los bebés hasta que cumplen 3 o 4 meses. Es decir, hasta que los padres tienen cierta certeza de que el bebé sobrevivirá. ¿Para qué otorgarle un nombre antes cuando no se sabe si saldrá adelante?

“En esta región que una niña llegue a los 18 o 19 años sin haberse casado se considera una vergüenza. De modo que los embarazos infantiles aquí son habituales”, explica Karan Courtney Haag, responsable de Nutrición de

Unicef en Laos, que da apoyo al desarrollo infantil en el país. Esta región es Phongsaly, la más septentrional de Laos, frontera con China. Es una de las provincias más pobres del país, habitada por vecinos akha, una de las varias etnias que viven en Laos.

Su pobreza se debe, sobre todo, a su aislamiento: Phongsaly está cubierta de selváticas montañas atravesadas por una única carretera que se enreda en mareantes curvas para conectar las aldeas que salpican la zona. La vida aquí se hace sobre el río de asfalto: los niños juegan en las cunetas y los vecinos se mueven por ella en motos mil veces arregladas. Más allá todo es inaccesible. El paisaje, enorme y frondoso, la lejanía de cualquier núcleo urbano y la distancia cultural de sus habitantes (algunos miran boquiabiertos al visitante occidental) acunan una sensación de haber llegado a un sitio remoto, lejano a todo.

La aldea donde viven Yayer y Ater, Phapouk, está a 5 horas del aeropuerto más próximo. Lo más lejos que han ido ambos es a la capital de la provincia. Estuvieron dos veces en su vida.

El 55% de los niños de esta región padece malnutrición. Es un porcentaje de emergencia humanitaria, pero no está declarada. El problema, uno de ellos, es que la malnutrición es hereditaria, tal y como explica Karan, de Unicef. No solo afecta al desarrollo físico de los menores, también al intelectual y cognitivo. Cuando las niñas se quedan embarazadas, dan a luz a bebés que ya parten en desventaja debido a la malnutrición de sus madres. Yayer es una más de los miles de niñas de esta provincia en esta situación.

Comunicarse con ella no es fácil. Ya no solo porque existe un infranqueable muro cultural y social entre Yayer y un reportero (hombre) venido de otro mundo. También porque Yayer solo habla akha, el idioma de su etnia. Ni habla ni entiende el Lao, el idioma mayoritario en Laos. En la triple traducción que hay que hacer para charlar con ella se pierden decenas de ideas como en una conversación a gritos entre sordos.

El día que conocemos a Yayer es viernes. Nos recibe en la cabaña de madera donde vive con Ater, con sus suegros -Kortang, de 40 años y Masung, de 39- una abuela de ellos y 4 hermanos de Ater. Desde que se ha quedado embarazada, Yayer no ha vuelto a ver sus padres. Ni siquiera

saben que ella está embarazada. Se lo dirá solo, como es costumbre, cuando el bebé tenga algunos meses.

Yayer sonríe presa de la timidez. La cabaña, de unos seis metros de largo por tres de ancho, apenas contiene nada en su interior, mucho menos agua o luz. Pero se eleva varios metros sobre un talud y puede verse toda la aldea desde ella. En la entrada lucen dos banderas impolutas, una roja con la hoz y el martillo (Laos es un régimen comunista) y la otra la nacional del país. Así en todas las cabañas de la provincia. Se acerca el día de la fiesta nacional y los detalles no se descuidan. Son las 7:30 de la mañana.

Yayer tiene que ir al hospital a hacerse una revisión. Pese a su embarazo, va en moto. La lleva Ater. Es un día especial. Cuando vuelvan del médico la aldea celebrará una fiesta y habrá comidas familiares en todas las casas.

En la consulta la doctora le indica que el bebé está bien y le enseña algunos dibujos en los que se ve a mujeres cargando peso y trabajando con una enorme equis roja encima. También le muestra ilustraciones de tipos de alimentos mientras le habla. Yayer solo asiente con la cabeza. Ayer mismo ha estado trabajando en la plantación de caña de azúcar.

Nos explica la doctora más tarde que cada día recibe a niñas embarazadas con 14 años. “Aquí es habitual. Muchas lo pierden, son demasiado jóvenes. Casi todos son embarazos de riesgo, pero no podemos pararlos. Sería algo terrible para las familias, inasumible”.

A las 10:00 Yayer y Ater están de vuelta en casa. Yayer se quita la cazadora rosa que lleva y se dispone a vestirse con el traje tradicional de los akha: vestido negro con motivos de colores y un sombrero del que cuelgan medallones y correas. Su suegra le ayuda a que quede perfecto. De fondo se oyen disparos. Hoy es tradición abrir fuego al aire. En pocas horas, la comida ya está lista. Yayer no ha dicho una sola palabra en todo el día.

Como es fiesta, además del arroz, hoy hay pollo, carne de rata, alubias, orugas fritas y verdura. Un festín que se multiplica de casa en casa, en compromisos interminables. Todo el mundo quiere tener invitados en una fecha tan señalada.

Después de comer la familia debe ir a trabajar un rato. Lo hacen cada día. Yayer, junto a Ater y sus suegros, camina 15 minutos hasta una plantación

de caña de azúcar en el bosque. Se trata de un cultivo propiedad de una empresa china. Toda la aldea trabaja en él y, en el caso de la familia política de Yayer, esto les otorga unos 70 euros al mes, su única fuente de ingresos para las 9 personas.

De camino a la plantación Yayer dice sus primeras palabras. “Sí, mucho”, susurra cuando le preguntamos si se siente cansada al ir a trabajar. Y acaricia su barriga de forma inconsciente.

Es por la tarde, sentada en la cabaña, con el sol bajando y sin el resto de la familia cerca, cuando Yayer se anima a hablar un poco de ella misma. Dejó el colegio a los 11 años, para cuidar a sus hermanos en casa y trabajar en una plantación de arroz. Confiesa que echa de menos a sus padres y pregunta dónde está España. Cuando se entera de que allí las mujeres tienen hijos con 30 o 35 años, se ríe conteniendo una carcajada. Confiesa que le da miedo encontrarse un oso o un tigre cuando va a trabajar, a pesar de que no hay ni osos ni tigres en esta zona. Y dice que reza para que su bebé tenga una vida mejor que la suya. Después explica que cada día trabaja, junto a Ater y sus suegros, desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde cortando caña de azúcar. “¿No descansas ningún día?”. “No, aunque a mí me dejan cortar las plantas pequeñas”.

Antes de que se ponga el sol, Yayer, junto a su suegra, gasta un rato en hacer artesanía: cosen collares y pulseras de colores que intentan vender a algún visitante chino despistado que pase por la aldea. En silencio, pasando el hilo con precisión, Yayer cose con la mirada perdida y el sol poniéndose en las montañas de Phongsaly.

Del cuello de Yayer cuelga una pequeña llave. Dice que es para abrir una caja que solo ella y Ater, su marido, pueden ver. No da más pistas. Antes de acostarse y prepararse para un nuevo día, le preguntamos a Yayer si suele recordar sus sueños. Asiente con la cabeza. Y luego explica, en un susurro, que todos los días sueña con sus padres.

Activismo para combatir el homicidio de menores en Brasil

Patrick tiene 17 años, vive a las afueras de Río de Janeiro y quiere estudiar Derecho. Su mayor miedo es perder a algún amigo a causa de la violencia

PATRICK ES un adolescente de 17 años con hechuras de señor. El bigote le crece tupido. También las patillas. Hoy se ha puesto una camisa azul de manga larga, mocasines y un *foulard* colgado al cuello a pesar del calor asfixiante de Río de Janeiro. Viste así porque acude a una reunión del consejo provincial para debatir sobre el mayor problema que envuelve su vida: el asesinato de menores.

“Brasil es el país en que más menores son asesinados, por delante de los países en guerra”, empieza su intervención. De la reunión sale feliz. Normalmente suele ser el único adolescente que acude, pero esta vez la sala contaba con cerca de una decena. En Brasil, cada día mueren 32 niños y adolescentes víctima de la violencia, según datos de Unicef. Es su mayor temor, perder a un amigo a causa de la violencia. “Tengo miedo de perder a mis amistades, de salir a la calle y descubrir que un amigo mío sufrió. Tengo conocidos que viven en comunidades donde las situaciones de riesgo son mucho mayores, los conflictos son más frecuentes, las cuestiones raciales, del color de la piel... Ser negro en Brasil te pone en riesgo”. Él se sabe privilegiado. Los más expuestos a este peligro son los afrodescendientes: 299 niños de los 377 asesinados en Río de Janeiro capital en 2017 lo eran. Tan solo dos días después del encuentro, Patrick lamentaba en sus redes sociales la muerte de Ágatha Vitória Félix, una niña negra de ocho años, por una bala durante un tiroteo.

Patrick nació con carisma y sensibilidad. Desde niño ha mirado a su alrededor con ojos analíticos para detectar las injusticias en su entorno e intentar eliminarlas. “Tuve un amigo que perdió a su madre, seguramente víctima de violencia doméstica. Su padre desapareció y mi amigo tuvo que irse a vivir con una tía que no lo trataba muy bien. Ella quería que fuera a la calle a vender empanadillas y dejó el colegio. Tenía dos primos mayores

que le pegaban. Yo tenía unos nueve años y le insistí muchísimo para que regresara a la escuela. Los únicos momentos de alegría que él tenía eran con sus amigos en el colegio. Insistí tanto que creo que conseguí convencerlo”. El niño volvió, pero no duró mucho. Al poco tiempo se mudaron de casa y de escuela. Patrick no volvió a saber de él.

Con 11 años, Patrick empezó a participar en un consejo de su colegio formado por padres, profesores y alumnos. Él era el representante de los estudiantes y debía, junto con los demás miembros, decidir cómo gestionaba el centro sus recursos: comprar libros, pintar las paredes... Una de sus conquistas recientes fue conseguir que instalaran aire acondicionado en las aulas porque el calor era insoportable. A este adolescente le gusta involucrarse. Sabe que es más fácil cambiar el mundo a base de pequeñas acciones que con un gran gesto. Ahora forma parte de la plataforma de centros urbanos de Río de Janeiro, una iniciativa de Unicef, acude a todas las manifestaciones que puede y expone su ideología política en sus redes sociales.

El día de este activista comienza sobre las ocho. Su madre, asistente social en paro que colabora como voluntaria en una ONG, le despierta al marcharse de casa. Su padrastro sale sobre las cuatro al trabajo y su hermana pequeña a las seis pone rumbo al colegio. Así que Patrick suele pasar las mañanas solo. Ve la tele, hace deberes y a las diez de la mañana se pone a cocinar porque come a las 11. Podría comer más tarde, en el colegio, pero prefiere almorzar en casa porque tarda cerca de hora y media en llegar a la escuela. El primer tramo lo hace andando, coge un bus, se baja a la media hora, hace otra parte andando en la que cruza un puente sobre la vía del tren y toma un segundo bus que le deja cerca del colegio. “Podría ir a pie, no está tan lejos. Pero hay muchos asaltos porque el camino sigue la vía del tren y la zona del río. Dentro del bus me siento más seguro”.

Patrick es buen estudiante, pero sufre un problema muy común en Brasil: el absentismo de los profesores. Estuvo un año entero sin dar matemáticas y más de un día ha recorrido el largo camino a la escuela para volverse a casa sin haber tenido una sola clase. “Es una situación bastante habitual”, cuenta. Además, Patrick quiere ingresar en una universidad pública y la ausencia de maestros le perjudica. “Para mí es más difícil que para otros alumnos que pueden ir a un colegio privado donde las aulas son más pequeñas, no falta el profesor o se pueden permitir pagar cursos preparatorios para entrar en la universidad”. Estudiar Derecho en la pública es su única opción, su

empeño, y por eso forma parte de un grupo de estudio de su escuela en el que varios alumnos se ayudan para superar la prueba de acceso. Él tiene un año menos que el resto; le correspondería estar en el grupo de estudio el año que viene, pero quiere prepararse antes. Sabe que sin estas clases de refuerzo le será mucho más difícil entrar. Y, si consigue hacerlo, el reto será otro. “Me pone triste no poder ofrecerle más oportunidades de educación”, explica su madre. “La escuela no le da todo lo que necesita. Él sueña con ir a la universidad y, si lo consigue, tendrá que valerse por sí mismo porque yo ya no podré ayudarlo. No podré pagarle el transporte, la comida, un piso de alquiler más cerca del centro, los libros... El problema es que aquí los cursos están hechos para un estudiante que no necesite trabajar. Yo querría encontrar empleo, estabilizar mi situación económica para poder ayudarlo, para que pueda estudiar y yo hacerme cargo de lo demás. No quiero que él lo intente conseguir, no pueda y se frustre”.

Patrick quiere estudiar Derecho porque siente que esta carrera le puede aportar herramientas para hacer cambios efectivos en su sociedad. Muchas veces, cuenta, quien más lo necesita no sabe qué derechos tiene, por eso su propósito es contribuir a democratizar la justicia. Patrick tendrá que pelear más duro que el resto. El reto será complicado, pero su madre conoce su potencial: “Si tiene la oportunidad, volará”.

Las chicas también juegan al fútbol

HAY EN HUANCAMELICA, Perú, una casa que pasa desapercibida. Por su fachada, podría ser el almacén de un taller. O un local abandonado. Enseña un exterior de piedra basta pintada con desgana de blanco y carteles publicitarios que, en el pasado, quizás se pelearon por ser los más llamativos de la pared, pero ahora lucen rotos y desgastados. Visto desde fuera, cuesta imaginar que esta casita esconde en su interior dos alturas. Y un hogar. El hogar de Deysi.

Su estrecha puerta metálica de color azul da paso a un salón que tiene amarillas las paredes, los sofás y hasta el mantel de ganchillo que cubre las mesas. Los techos, forrados de plástico transparente, parecen haber sido colocados para proteger la casa del polvo que desprende una obra. Solo que no existe tal obra. Pasado el salón, en la cocina-comedor, otro enorme plástico amarillo con cinta adhesiva cubre más de la mitad de una de sus paredes. Apenas hay espacio, ni a lo alto ni a lo ancho. A la derecha de la cocina-comedor, una escalera que hay que subir casi de perfil y retorcerse. ¡Cuidado con la mesita de la izquierda, cuidado con la viga de madera en el techo! Y aquí, un único dormitorio con tres camas para cuatro y la ropa amontonada y ordenada donde se pueda. El baño se encuentra en el salón, en el pequeñísimo hueco bajo la escalera. Cada estantería, cada mesa y cada silla en esta casa están colocadas como si fueran piezas de tetrís que van cayendo sin orden, y en los espacios entre una y otra se mueven sus inquilinos: cinco personas, tres perros y un gato.

Aquí vive Deisy, de 17 años, con su madre, sus dos hermanos y su abuela, la única con habitación propia. Un lujo de casa para ella, que la compara con el primer hogar que conoció: “Mi mamá se ha esforzado tanto para construir esto. Antes no teníamos nada. Todo

era oscuro. Había una mesa. Pero ni silla teníamos. Y una cama para seis”. Deysi no puede describir más porque se le cierra la garganta y le viene el llanto. Ahora tienen de todo, aunque sea incrustado a empujones en cada rincón. Tienen televisor, wifi, ordenador, móviles y Netflix para ver *La casa de papel*.

Deysi es pequeñita y tímida, pero nació con un resorte que le hace saltar ante las injusticias. Cuando tenía 13 años, ocho compañeras de su colegio le contaron que un profesor les había pedido cinco soles a cada una porque no habían entregado un trabajo a tiempo. “Ese profesor me daba miedo, pero me pareció totalmente injusto. Salí con mis compañeras y le dije: ‘profesor, vamos a conversar...’. No sé en que estaría pensando. Le dije: ‘Tengo entendido que les has pedido plata a mis compañeras y siento que es necesario que usted la devuelva porque ellas no tienen’. Al final les dio el dinero. Ese día teníamos clase con él y al terminar me llamó cuando toditas se habían ido y me dijo: ‘Trae tu cuaderno’. En la última página escribió algo que no vi. Ese día le conté a mi madre lo que había pasado y le pedí que me esperara a la salida de la escuela porque me daba miedo. Al salir, le enseñé el cuaderno y decía: ‘Su hija es una gran estudiante, felicitaciones por la hija que tiene’.

Deysi aprendió de su madre que no debe quedarse callada ante las injusticias. De las que la rodean hay una que le revuelve las entrañas: la desigualdad entre hombres y mujeres. La ha respirado desde niña en Huancavelica. Cuenta que ha visto cómo pegaban a una mujer en plena calle sin que nadie hiciera nada para impedirlo. Almacena otros recuerdos similares en su memoria. “Una vez salí con mi mamá y pasó una pareja con su bebito, se pararon en una tienda y la señora agarró una chompa (cazadora) y él empezó a decirle de forma despectiva que no se la iba a comprar. Ella quería la chompa pero no tenía dinero, quien tenía el dinero era el esposo. No me hizo sentir cómoda esa situación. La señora dejó la prenda y se fue detrás de él. Siempre he visto este tipo de casos y pensaba que no era posible que se tratara a la mujer así. Si hoy en día se considera que hombres y

mujeres tenemos los mismos derechos, no es justo que los varones sigan pensando que son superiores a nosotras”.

Cuando llegó el momento de decidir qué carrera quería estudiar, supo que quería contribuir con su formación a estrechar la brecha de género. Descubrió Obstetricia y le gustó la atención que presta esta especialidad a la mujer. Pero también su labor de divulgación. En Huancavelica, según datos de 2017, el 15% de las adolescentes de entre 15 y 19 años estaban embarazadas o ya eran madres. Deysi lo ha visto en cinco compañeras de colegio que, cuenta, dejaron los estudios para cuidar de sus bebés. “Quiero trabajar atendiendo partos y dar charlas de información sobre educación sexual. Es importante ofrecer información a los adolescentes. Se está viendo mucho embarazo adolescente y es porque no reciben la educación correcta, quiero dar ese servicio para que disminuya. Hay muchas chicas jóvenes con planes y metas, y a veces un embarazo precoz acaba destruyendo esos planes”.

Pero el sueño de Deysi es montar una casa refugio para mujeres maltratadas. En 2018 se registraron en Perú 147 asesinatos de mujeres, un 21% más que en 2017. La cifra le espanta y le preocupa que las víctimas de maltrato no sepan dónde acudir. En Huancavelica, Deysi no conoce ninguna casa refugio, tampoco asociaciones ni movimientos feministas que le ayuden a recabar información. Cuando le entra la curiosidad, consulta en Google, pero con más caos que orden. “No sabría decir si soy feminista. Estoy a favor de que las mujeres y los hombres tengan los mismos derechos. He buscado en Internet si está bien, los pros y los contras. Una vez vi un vídeo que decía que si va a favor de la igualdad ¿por qué se llama feminismo?”

Los fines de semana, Deysi se recoge su larga, negra y lisa melena en una coleta. Se embute en un chándal y mete dentro de una mochila parda de cuero sus botas de tacos. Pasa las mañanas de los sábados en el campo de fútbol con las chicas que consigue reclutar. Le encanta este deporte. Lo juega desde niña. Se crió con sus dos hermanos y tres primos. El pasatiempo preferido de los cinco varones era salir a la calle a darle patadas al balón. Ella se volvía loca por

participar también. Pero era una chica y ninguno de ellos se imaginaba si quiera que pudiera jugar con ellos. Ella no desistía y salía a verlos divertirse. Hasta que un día les faltó un jugador y la llamaron a ella. Poco a poco Deysi se convirtió en una más. Y ha descubierto el poder de este deporte. “Yo mediante el fútbol trato de empoderar a las chicas para que salgan de ese pensamiento que tienen los varones de que solo las mujeres están en la casa y mediante el fútbol podemos empoderar a las chicas y poder lograr lo que queremos”.

Las mañanas de los sábados se desfoga carrera arriba y abajo en un campo de fútbol al exterior. Sin acusar la fatiga de estar corriendo y saltando a 3.600 metros de altura porque su cuerpo, menudo y compacto, está más que adaptado a este medio. Las tardes son para ayudar a la economía familiar. Después de comer, se mete en la cocina con su madre. Cubren de caramelo las manzanas y de chocolate las uvas. La familia prepara todo tipo de dulces para venderlos en la plaza. Con esto se sacan un sobresuelo que permite a la madre tener a sus tres hijos en la universidad. Aunque algunos sueños aún se le resisten. “Yo tenía tantas ganas de estudiar en Lima... Pero no. Lo que mi mamá gana es para pagar la luz, el cable, el agua, lo que necesitan mis hermanos o lo que necesito yo. He tenido que quedarme a estudiar acá aunque en serio tenía tantas ganas de estudiar fuera”. Y deja de hablar porque de nuevo se le cierra la garganta.